

La guerra de la luz y otros

José Carreño Carlón

La metáfora de la guerra predomina hoy en el discurso de manejo de crisis, observa el experto estadounidense Keith Hearit. Y en México lo mismo se declara la guerra contra el crimen, que se llama a la guerra contra la pobreza o se incita a la guerra contra partidos erigidos en estereotipos del mal, como el PRI, o como peligros para la nación, como el PRD.

Menos metafóricamente, algunos pueblos vecinos a la capital se aprestan para la guerra del agua. Y a juzgar por algunos espacios de los medios, el país ahora se lanza a la guerra de la luz. Así, como una verdadera ruptura de hostilidades se presenta la negativa del gobierno a validar la permanencia del grupo de control del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME). Ello, una vez que el propio gobierno hizo públicas las graves irregularidades en que incurrieron los actuales detentadores del impagable contrato colectivo de la quebrada compañía de Luz y Fuerza del Centro (LyFC).

A nadie le debe quedar duda de que estamos en la antesala del estallido de una crisis. La destartada LyFC y su abusivo sindicato trazan un escenario, a materializarse más temprano que tarde, de una interrupción catastrófica de energía eléctrica en la capital de la República y su zona metropolitana. Y, por si ello fuera poco, la capacidad de los grupos de choque del SME y la complacencia de las autoridades del DF —políticamente afines a la dirección sindical— apuntan a su vez a un nuevo escenario de colapso y caos en la capital, como se encargaron de comprobarlo los hoy legalmente desconocidos dirigentes sindicales con su ensayo de hace unas semanas en el Periférico Sur.

Pago por ver

Pero una cosa es poner en marcha una buena estrategia de prevención de crisis, como parece haberlo hecho el gobierno federal, y otra cosa es promover o consentir una narrativa de alerta roja cercana al estado de excepción.

Porque ya sea que el gobierno invoque expresamente la retórica de la guerra para manejar las crisis que agobian al país —como en

el caso de la inseguridad— o que deje generar percepciones identificadas con declaraciones de guerra —como en el caso del SME—, en ambos casos la autoridad queda en una situación límite, sin retorno, en la que no hay margen más que para ganar o perder, en un juego de suma cero.

El gobierno ya se anotó un tanto con el efecto logrado por la rotunda y bien fundada negativa del secretario del Trabajo a validar una elección sindical fraudulenta. En términos de póquer, Javier Lozano pagó por ver y hasta ayer todo apuntaba a un cambio de cartas en el grupo de control del SME. Éstas pasarían de la violencia verbal de hace unos días a la retórica de la contención de las últimas horas: de la amenaza de sabotaje al servicio eléctrico (el apagón) y de bloqueo de la capital, a la apelación a los tribunales y a las protestas no violentas.

Estados de sitio

Puede tratarse de un movimiento táctico del aparato sindical ante el rechazo social a la mala calidad del servicio eléctrico, la impopularidad de sus bloqueos viales y la condena a sus amagos de sabotaje. Y es posible, como se señala en la metáfora castrense de algunos medios, que el grupo se haya guardado cartas para una guerra prolongada.

Pero el abuso de la metáfora de la guerra para enfrentar crisis o mejorar posiciones electorales, sea contra el corporativismo sindical, o contra los partidos identificado con el mal, o incluso contra el crimen organizado, genera ambientes de turbulencia y hostilidad y propicia climas de anormalidad y de tensión que terminan constriñendo la vida y la comunicación de las organizaciones y las comunidades.

Este abuso —concluye el citado profesor Hearit, de Purdue University— produce mentalidades de estado de sitio pertrechadas ante enemigos identificados, mutila la capacidad de los gobiernos y las organizaciones para explorar otros cauces potencialmente positivos para salir de las crisis, y obstaculiza el regreso a la normalidad una vez superadas las situaciones críticas.

jose.carreno@uia.mx

Académico

